

El paradigma relacional

JOSÉ ARISTIZÁBAL G.

Los paradigmas son los cimientos más profundos sobre los cuales se levantan los vastos andamios y edificios del conocimiento. Son los núcleos duros de un sistema de pensamiento y una visión del mundo que gobiernan las formas de pensar, de hacer, de sentir, condicionan la lógica, los sistemas de ideas, los axiomas, las ideas-fuerzas, los mitos y controlan los discursos y las teorías, la ciencia, la filosofía, la subjetividad, lo consciente, lo inconsciente, la vida cotidiana y el sentido común.

En el mundo actual existe un paradigma hegemónico que se formó a partir de las ideas más influyentes de las revoluciones científicas, filosóficas, religiosas y políticas ocurridas en la Europa occidental durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Este pretende ser la única forma de llegar al conocimiento legítimo o verdadero para lo cual ha canonizado y naturalizado unas formas de pensar y ver el mundo que reproducen su verdad y su poder. Para lograrlo, ha desarrollado la capacidad de diluir o cooptar lo que se le opone, lo que pugna por transformarlo, lo que surge como alternativo. Una forma de hacerlo es invisibilizándolo, devaluándolo o reduciéndolo a la insignificancia, para lo cual lo clasifica como lo erróneo, lo impensable, lo negativo, la herejía o un particularismo. Otra forma es incorporando/incluyendo a su lógica y a su verdad algunos de sus elementos o propuestas con lo cual los debilita y él se renueva (lo que ocurre actualmente con el capitalismo verde respecto al ecologismo). De esta manera, controla todas las formas de generación del conocimiento, define o avala cuáles tienen validez, cuáles no, y así impide pensar por fuera de sus categorías, y mantiene sus clasificaciones y jerarquías.

Nacemos, crecemos y vivimos determinados por sus parámetros sin darnos cuenta de ello. Él cobra vida por sí mismo, posee la supremacía,

se considera todopoderoso y se autonomiza porque lo abarca todo sin dejar un afuera, una alteridad. Es invisible, no está redactado ni prescrito como tal en ninguna parte. No aparece como un sol que lo ilumina todo, pero sí hace marchar día a día al conjunto de la humanidad y del planeta en torno a sus ejes.

Igual que ante toda hegemonía, frente a este sistema paradigmático siempre han existido resistencias e insubordinaciones. Pero los paradigmas solo cambian cuando convergen transformaciones profundas en las ciencias y esa convergencia produce una transición paradigmática. Por ello, para que se produzca la revolución social, económica y política es necesario que simultáneamente se de una transformación en el conjunto de las ciencias, incluidas las ciencias sociales y las del espíritu. Y a la inversa, mientras no se tenga conciencia del debate paradigmático y mientras que, en el hacer juntos, el hacer común, el pensar y el sentir, no se fermenten y arraiguen otros paradigmas de transformación social no se podrá avanzar en la emancipación. No obstante, las enormes e intrincadas crisis sistémicas que estamos viviendo, producidas precisamente por esos paradigmas, al colocarnos al borde del colapso, son oportunidades para las insubordinaciones mentales, la emergencia de otros sujetos sociales, los saltos de conciencia y nuevos comienzos.¹

Las dualidades del paradigma de la Modernidad de Occidente

Una de las características de este paradigma es separar o dividir lo que está unido y establecer unas oposiciones o disyunciones que conducen a dicotomías y dualismos: el cuerpo por un lado y la mente por el otro; el sujeto contrapuesto al objeto; lo humano opuesto a la naturaleza; la razón enfrentada a las emociones; la parte separada del todo. O lo uno o lo otro: la disyunción del individuo y la comunidad, del observador y lo observado, del espíritu y la materia, la autonomía y la dependencia.

Otra de sus características es que, a partir de esa disociación, de separar las relaciones, reduce el todo a la parte, la unilateraliza y la toma por el todo. Por ejem-

¹ Sobre los paradigmas se puede consultar: Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1971 [1962]; Edgar Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1994; Edgar Morin, *El Método III El conocimiento del conocimiento*, Cátedra, Madrid, 1999; Humberto Maturana y Ximena Dávila, *Habitar humano*, Paidós, Santiago de Chile, 2021; Fritjof Capra, *El punto crucial*, Integral, Barcelona, 1985; Boaventura de Sousa Santos, *De la mano de Alicia*, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 1998.

plo: al separar al sujeto del objeto, reducirlo todo a objetos, a un universo compuesto de objetos. O ver al individuo por encima de la sociedad y reducir la sociedad a una suma de yoes aislados y separados los unos de los otros, como átomos: la sociedad individualista del “sálvese quien pueda”. O colocar la economía por encima de lo social, lo cultural, lo espiritual, lo político y erigirla en la esfera principal y determinante de la sociedad. Esto instauro un dualismo: o el reduccionismo de ver solo árbol (la parte), o ver únicamente el bosque (el todo). O la ciencia, el cientifismo y el objetivismo, que van por un lado, o el humanismo y la subjetividad por el otro. Y por esa vía se separa y superpone lo masculino sobre lo femenino, lo cuantitativo sobre lo cualitativo, el orden sobre el desorden, etc.

Otra característica, o mejor, uno de sus trucos para mantener su supremacía es presentarse con la aureola de lo universal. Su lógica, su racionalidad, su epistemología, sus metodologías dominan el mundo y se precian de basarse en unas leyes universales válidas para todo tiempo y lugar. Pero esta es una uni-versalidad abstracta, atemporal que, al fusionar u homogeneizar todas las particularidades, al subsumir todas las singularidades bullentes dentro de la diversidad, las elimina negándolas, o las asimila engulléndolas; y así se niega a aceptar otras culturas, otros paradigmas, el distinto, la otredad, lo pluri-versal, al tiempo que oculta sus orígenes turbios, los intereses, los sujetos y los poderes a los cuales obedece. Como ocurre en la visión liberal de los derechos humanos al atribuirlos a un hombre universal y abstracto (el genérico “humano”) y negarles esos mismos derechos a los sujetos humanos concretos y vivientes que han sido inferiorizados y se encuentran en la desigualdad real.

El paradigma dominante encierra y formatea nuestra mente en una sola visión del mundo unilateral, fragmentaria y excluyente que nos impide abrirla a otras visiones

Así, este paradigma nos atrapa en una serie de dilemas, binarismos y antinomias que no nos permiten captar las relaciones, las interconexiones y las complementariedades y, por lo tanto, impide entender la diversidad, la heterogeneidad, las diferencias, las metamorfosis y las dinámicas de cambios que se están presentando permanentemente en la materia, la vida y lo humano. De esta manera, al obligarnos a excluir lo uno o lo otro, encierra y formatea nuestra mente en una sola visión del mundo, unilateral, fragmentaria, excluyente y no nos deja abrirla a otras visiones, otras formas de verlo y disfrutarlo. Por ello se afirma que ese paradigma, al

tiempo que mutila y constriñe el pensamiento (Morin),² nos condena irremediablemente al error y la exclusión: al hacer una partición entre ser humano-naturaleza, nos conduce al antropocentrismo; al separar sujeto-objeto nos precipita a la negación del otro; y al proclamar la verdad absoluta de la razón, la ciencia y la técnica, nos lleva al racionalismo, el cientifismo y el tecnicismo, al desarrollo como crecimiento ilimitado que destruye la naturaleza y la vida, a la hiper crisis sistémica y al colapso ecosocial que estamos viviendo.

Las raíces o bases principales del paradigma que se quiere cambiar

1. ¿Cuál es la primera piedra, la roca principal, sobre la cual se ha construido el paradigma dominante? Mirémosla por un momento. Cada uno es un yo sin límites, sin ninguna atadura, un “átomo irreductible”, totalmente independiente de la sociedad y la naturaleza, dedicado a su interés individual, al afán de lucro, al egocentrismo/narcisismo. Un yo dotado de una fe absoluta en la razón, la cual le otorga la seguridad de poseer la verdad, un yo que se cree superior a los demás y por ello es feliz exclamando: «soy libre de hacer lo que me da la gana y no me importa lo que digan los demás»: el individuo aislado, la autoadoración del yo. Y la sociedad es la suma de esos yoes-átomos compitiendo entre sí y dedicados a la acumulación ilimitada de riqueza a través del crecimiento económico sin fin: una maquinaria productivista desbocada y sin fin.

Sobre la base de ese yo, de ese individualismo posesivo, vienen los demás reduccionismos o fragmentaciones: el reinado del individuo, del ego; del hombre como rey de la naturaleza; de la libertad del individuo y de la empresa privada por encima de las demás libertades; de la razón, la fuente principal o única del conocimiento; de la absolutización de la propiedad privada; de la economía por encima de lo social, lo político, lo cultural y lo espiritual; del presente desligado del pasado y el futuro, entre otras. Y sobre la base de esa lógica binaria entran también las jerarquías modernas: premodernidad/modernidad; barbarie/civilización; atraso/desarrollo; periferia/centro; local/global; subdesarrollado/desarrollado.

Este es el reinado de las partes. Al que se contrapone, de forma dual, en cada caso, el todo, lo holístico encerrado en sí mismo: la uni-versalidad abstracta que

² Se indica el autor entre paréntesis cuando se refiere a su pensamiento en conjunto, y no a una obra concreta (N. de la E.).

disuelve y engloba la particularidad; lo homogéneo que suprime o niega las diferencias; la especie humana encerrada en un humanismo antropocéntrico; los reinos de las generalizaciones y las uniformidades totalizantes.

Pero observemos bien: el yo, el individuo, una pequeñísima parcela de lo humano, de la sociedad y de la vida se convierte en su centro; la razón, apenas un segmento del proceso cognitivo, se erige en su único método; el objeto y lo objetivo, una parte de lo que conocemos, en la centralidad del conocimiento y la ciencia. El varón, solo la mitad de la especie, reforzado en todos sus privilegios como centro y medida del universo que coloca a girar todo lo que existe alrededor del sí mismo. Así, sobre esa roca se fue levantando la pirámide de ese paradigma reduccionista del individualismo posesivo/propietarista/ilimitado/ irresponsable.

2. La segunda roca es la violencia. Ese yo y esos yoes son concebidos en un “estado de naturaleza”, en una situación de *guerra de todos contra todos*, donde «el hombre es un lobo para el hombre» (*homo homini lupus*), por lo que necesitan de un Leviatán, un gigante, que los someta a la paz por la fuerza. Esa es la base del Estado y la ciencia política.

Es apenas lógico: si los dualismos excluyen una de las partes e imponen la otra, si en la dicotomía cooperación/competencia ese yo elige la segunda y excluye la primera; y si se acepta como un imperativo la imposición de un poder de dominación por la fuerza, por encima de las autonomías individuales y colectivas, entonces son inevitables la violencia y las guerras. Por eso la soberanía, el poder del soberano, es un poder de vida y muerte sobre sus súbditos basado en el Estado de excepción que se ha convertido en la regla (Agamben); por eso la oposición amigo-enemigo es la categoría principal de la política (Schmit), lo mismo que la invención del enemigo interno (por la seguridad nacional); por eso se montó la matriz global del poder colonial (Quijano); por eso existen los “prescindibles”, “matables” o “desechables”, que son cientos de millones. De allí, la negación del otro, de la otra, que es la misma negación de la vida: he ahí el necropoder y la necropolítica que nos rigen.

Violencia que no es propiedad exclusiva del poder político; que también está en la competencia brutal de la economía capitalista y en la exclusión violenta de otros saberes, otras epistemologías, otras espiritualidades. La misma que subyace en la depredación sin límites de nuestros nichos ecológicos; permanente y cotidiana en

las agresiones y feminicidios del patriarcado; en el racismo, en las terribles desigualdades, en fin, la violencia estructural naturalizada en la que nacemos y crecemos y hoy alardea con sus fuerzas militares y la amenaza de una tormenta nuclear.

¿De dónde y cómo surgieron ese yo y esa violencia?

El mundo y la sociedad vivieron unas rupturas radicales en los siglos XVI y XVII. Los mercaderes de especies, los que desembarcaban el oro, la plata y demás riquezas expropiadas en América y los demás continentes, los traficantes de esclavos, los pioneros de las primeras hilanderías, más las casas de préstamos y los bancos que los financiaban, acumularon unas fortunas tan formidables que rompieron las tradiciones del Medioevo, impugnaron las ideas y los poderes establecidos, cercaron las tierras comunales y le abrieron el camino a una nueva forma de explotación y de opresión. Uno de los componentes principales de esta irrupción del capitalismo fue el colonialismo impuesto por los imperios de Europa en la conquista de América y del resto del mundo que significó del exterminio de las poblaciones aborígenes, el arrasamiento o la negación de sus culturas, sus lenguas, sus cosmovisiones y el saqueo de su naturaleza. Y en medio de ese mundo que emergía, esos protagonistas centrales que propulsaban dichas transformaciones requerían de unas ideas nuevas, unas formas de pensar que dieran una explicación del mundo que estaban creando y los justificaran ante ellos mismos y ante los pueblos colonizados y, al mismo tiempo, enraizara y retroalimentara su poder.

Lo que más le preocupaba a esa fuerza social en ascenso era la eliminación de todas las barreras que impidieran o limitaran la circulación de sus dineros, sus mercaderías, sus conquistas, descubrimientos e inventos, los cuales requerían y exigían una libertad absoluta. Y para ello proclamaron la libertad ilimitada para su individualidad y sus capitales, libertad de toda tradición, toda creencia, todo amarre o condicionamiento que se opusiera a su ambición de lucro y de poder; libertad e independencia total frente a la comunidad, a los demás humanos y a la naturaleza. De ahí nace el mito del individuo aislado y el yo absoluto. En el Renacimiento se difunden las ideas de que el hombre es el «artífice de sí mismo», creador de sí mismo, «la medida de todas las cosas», que no le debe nada a nadie, el centro del universo y, luego, Descartes formula el famoso «pienso, luego existo», a partir de cuyas dicotomías cuerpo/mente, humano/naturaleza, los pensadores de esa Europa impusieron tales antinomias y binarismos del paradigma de la Modernidad.

Pero, aunque los anteriores pregonasen esa libertad como una categoría o derecho universal para todos los humanos, en la vida real no lo podían ser las mujeres, tampoco los indígenas ni los negros ni los de otros colores y razas. Porque esos mismos protagonistas y sus filósofos establecieron dos nuevas condiciones para naturalizar su dominación: la clasificación racial según la cual los hombres blancos, la blanquitud, constituían una raza superior; y la razón, instaurada como la única forma válida del conocimiento, la cual se atribuyen exclusiva para sí mismos, pues a los indios, como a los negros, las mujeres y la naturaleza se les consideró irracionales (Quijano).

Así, la proclamación de una libertad absoluta para una determinada clase de individuos y su capital solo se pudo implantar al mismo tiempo que el colonialismo, la superioridad de unos sobre otros y otras, la competencia entre todos y un poder de dominación basado en la violencia. Pese a los largos procesos de descolonización, a las variaciones que ha tenido el Estado moderno y a las distintas formas de gubernamentalidad por las que se ha trasegado, aún se mantienen en pie el patriarcado, la colonialidad del poder y el racismo, que son la inferiorización de los otros y las otras, la negación de su autonomía y unas violencias que penden constantes sobre cada uno de los ciudadanos/as, aunque a veces no se captan como inmediatas o explícitas. Si el otro/a es un enemigo (interno o externo) debo andar con alguna arma detrás para defenderme y defender “lo mío”.

Lo novedoso en el paradigma moderno es que se instaura una violencia estructural que se normaliza y recrea constantemente, convirtiéndola en algo natural

Antes del capitalismo también existieron las guerras y agresiones entre humanos porque el patriarcado siempre estuvo relacionado con el militarismo; pero lo nuevo que se introduce con la violencia extrema de su acumulación originaria y su colonialismo es una violencia permanente e inevitable, estatal y privada, estructural, que se normaliza, se justifica y recrea constantemente convirtiéndola en algo natural: en el paradigma interesado de la existencia de “una naturaleza humana” la cual es violenta de por sí: la «guerra de todos contra todos», «la ley de la selva». Esa violencia de quienes impulsaron esa gesta de la conquista y la colonización se le atribuye a todos los demás e incluso a la naturaleza para justificar la suya y opera como la contraparte o la posibilidad de su libertad absoluta. Y funciona como si fuera un paradigma oculto, el arcano del poder soberano, el cual supuestamente

se hunde en los orígenes del tiempo rodeado de un halo de divinidad, cual un misterio que no se puede descifrar.

Origen del yo aislado individualista y la autoadoración del sujeto:

Originario de algunos países de Europa + masculino + blanco + sujeto de razón + acompañado del poder de la violencia =
= emancipado de los demás, de la comunidad y de la naturaleza + creador de sí mismo, medida de todas las cosas, rey del universo, conquistador/colonizador del resto del mundo =
= el individuo aislado, el EGO separado del mundo =
= el individualismo posesivo propietario/irresponsable/ ilimitado que produce el Antropoceno.

El paradigma o cosmovisión relacional

La cosmovisión relacional no coloca el énfasis en la parte (reduccionismo) ni en el todo cerrado (holismo); supera esa dualidad situando el énfasis en las interrelaciones. Parte de ver el cosmos como un todo en el que todo está interrelacionado y en movimiento, y no existen identidades completamente separadas o absolutas, pues se trata de una relacionalidad complementaria. Como en un ecosistema, todo se halla interconectado: suelos, agua, aire, rayos solares, hongos, microorganismos, flora, fauna . ¿Acaso cada una/o de nosotros no estamos interrelacionados a cada segundo con el aire que respiramos, el agua que nos irriga, los suelos transformados en alimentos, con nuestros entornos ambiental y social, de los cuales dependemos?

Esta visión nos permite ir más allá del dualismo, apreciar las diferencias, las diversidades, las interdependencias de las que están hechas la naturaleza y la sociedad y a partir de ahí afrontar, con una mirada más amplia y unas mejores herramientas mentales, las oposiciones y los antagonismos y tratar los conflictos. Desde allí, es posible entender también que las aproximaciones a lo que llamamos *realidad* son relativas y prácticamente infinitas, y que no puede existir la verdad completa o absoluta, de cuya posesión han nacido tantas tragedias. Desde allí, comprendemos que no existe un solo mundo, un uni-verso, sino muchos mundos, un pluri-verso (Escobar).³

³ Entre otros trabajos del autor en esta cuestión, Arturo Escobar, *Designs for the Pluriverse*, Duke University Press, Durham y Londres, 2018.

La cosmovisión relacional no nos coloca frente a la disyunción de *o lo uno o lo otro* que todo lo fragmenta; tampoco junta lo uno y lo otro de tal manera que lo uniformiza u homogeniza, lo cual suprime o niega las distinciones. En vez de esas dicotomías, plantea mejor la unidad múltiple o compleja, la unidad en la diferencia, en la diversidad, une de manera dialógica la distinción y la conjunción. Un ejemplo es la comunidad como una unión de singularidades en la que cada una conserva su autonomía.⁴ No contrapone lo particular, lo concreto o uni-dimensional frente a lo uni-versal abstracto que engloba y disuelve todo particular; ofrece «un mundo hecho de muchos mundos», la inter-culturalidad y lo trans-dimensional, la pluri-versalidad. Tampoco se apuntala únicamente en el pensamiento analítico que se centra en las partes y es útil para la explicación y la objetivación; ni se queda en el pensamiento sintético, en el cual todo se junta sin tener en cuenta las diferencias y los contextos. Más bien, usa el *pensamiento sistémico o complejo*: recoge el análisis y la síntesis, es contextual, encuadra la parte dentro del contexto de un todo superior; por lo tanto, es ambiental, sistemas dentro de otros sistemas, redes de sistemas entrelazados. Como en cualquier organismo: células que forman órganos, órganos que en conjunto forman el organismo viviente, los organismos conforman ecosistemas y estos están interconectados con el árbol de la vida planetaria, con Gaia, la Madre Tierra.

La cosmovisión relacional permite ir más allá del dualismo y apreciar las interdependencias de las que están hechas la naturaleza y la sociedad

Esta cosmovisión relacional no ve a un ser humano aislado e independiente como un ladrillo en una construcción; tampoco resuelve el problema de la individualidad asumiendo la sociedad como una suma de fichas o individualidades. Más bien dice: somos autónomos y, al mismo tiempo, inter-eco-dependientes; mejor, ve la unidad de lo individual y lo colectivo, la comunidad. No reconoce, no acepta un yo absoluto ni un individualismo posesivo irresponsable ilimitado; tampoco postula al otro como un inferior, irreductiblemente ajeno o extraño, ni habla de cohesión social al tiempo que sospecha de un enemigo interno; más bien, opta por un yo interdependiente, el ser-con-los-otros, la *nosotredad*, el *soy porque somos*, los *haceres comunes*, el común.

⁴ Otro ejemplo es la asombrosa relacionalidad y complejidad existentes en cualquier célula: esta no es solo un núcleo, un fluido químico dentro del cual se encuentra una cantidad de orgánulos, centros de producción de energía, de proteínas, enzimas, material genético, etc., encerrados por una membrana; ella contiene también una cantidad de procesos en forma de redes, en los cuales cada uno de sus componentes ayuda a producir y transformar los otros componentes, realizando así, permanentemente, la *autopoiesis* o autocreación, que es la principal característica de los seres vivos. (Francisco Varela y Humberto Maturana, *De Máquinas y Seres Vivos*, Edit. Universitaria, 1973; Fritjof Capra, *La trama de la vida*, Anagrama, Barcelona, 1998: 175-180).

EL PARADIGMA RELACIONAL (Cuadro esquemático-comparativo)

PARADIGMA O COSMOVISIÓN DOMINANTE, DE LA MODERNIDAD DE OCCIDENTE		COSMOVISIÓN RELACIONAL O PARADIGMA EMERGENTE
PARADIGMA DE LA DUALIDAD		PARADIGMA RELACIONAL
La parte	El todo	Las interrelaciones. La inter-relacionalidad
<p>Tomar la parte por el todo. La visión mecanicista, fragmentaria y reduccionista. El universo como una máquina, un compuesto de partes</p>	<p>La visión holística. El énfasis se coloca en el todo. La totalidad (un todo encerrado en sí mismo)</p>	<p>Lo principal son las relaciones. El énfasis en las relaciones. El universo como un todo en el que todo está interrelacionado y no existen identidades completamente separadas (absolutas). Relacionalidad complementaria</p>
<p>El principio de disyunción. O lo uno o lo otro. El principio de identidad. La clasificación y la definición.</p>	<p>Lo homogéneo que suprime o niega las diferencias. La generalización Ej: El Estado-nación.</p>	<p>La unidad múltiple o compleja. La unidad en la diferencia o en la diversidad. La distinción/conjunción. Ej: La comunidad como una unión de singularidades cada una conservando su autonomía. Ej: la célula</p>
<p>Lo particular. Lo unidimensional. «Lo concreto»</p>	<p>Lo universal abstracto que disuelve y engloba todo particular. Uni-versal</p>	<p>El pluri-verso. El multi-verso. La interculturalidad. Transdimensional.</p>
<p>El pensamiento analítico (o reduccionista) = El análisis. Se centra en las partes, los “componentes básicos”. Todo lo que se para. La explicación, la objetivación</p>	<p>Pensamiento sintético. La síntesis. Todo se junta sin tener en cuenta las diferencias</p>	<p>Pensamiento sistémico o complejo. Recoge el análisis y la síntesis. Es contextual: encuadra la parte dentro del contexto de un todo superior. Por lo tanto, es ambiental. Sistemas dentro de otros sistemas, redes de sistemas entrelazados. La célula</p>
<p>El individuo aislado e independiente como un átomo</p>	<p>La sociedad individualista: una suma de átomos</p>	<p>Somos autónomos y, al mismo tiempo, inter-eco-dependientes. La unidad de lo individual y lo colectivo. La comunidad</p>

<p>El yo absoluto. El ego. El individualismo posesivo irresponsable ilimitado</p>	<p>El otro, que no es el mismo, el distinto, el no válido (el indio, el negro, la mujer) el enemigo interno. La cohesión social.</p>	<p>El yo interdependiente. El ser-con-los-otros, la <i>nosotredad</i>. Soy porque somos. El común, los bienes comunes.</p>
<p>El hombre: rey del universo, independiente de la natura y por encima de ella: antropocentrismo. Y dentro de él, lo masculino sobre lo femenino.</p>	<p>La especie humana. El humanismo antropocéntrico</p>	<p>Somos naturaleza, parte de la naturaleza, eco-dependientes. No somos el centro del universo.</p>
<p>La razón como la fuente principal de conocimiento.</p>	<p>La racionalidad instrumental = la fe absoluta en la razón y la ciencia. Positivismo y cientifismo.</p>	<p>Todas las formas de conocimiento son válidas. El pensamiento mítico/simbólico, las emociones, las intuiciones, la razón.</p>
<p>La libertad individual ilimitada. La auto-adoración del sujeto individual</p>	<p>Los derechos del hombre (abstacto). Las libertades del capital: de empresa, de comercio, de contratación, de acumulación, etc.</p>	<p>Somos autónomos y al mismo tiempo inter-eco-dependientes. Las libertades de los pueblos, de las comunidades, los colectivos. Una libertad inter-dependiente</p>
<p>La absolutización de la propiedad privada. La empresa. El hombre como un empresario de sí mismo</p>	<p>Propiedad privada y propiedad colectiva. Propiedad pública estatal</p>	<p>Lo inapropiable. Lo indisponible, no disponible. Propiedad relacional: los bienes comunes, lo común, el cooperativismo autogestionario</p>
<p>La economía por encima de lo social, lo político, lo cultural, lo espiritual, de la vida = el desarrollo = el crecimiento ilimitado = todo es mercancía</p>	<p>La economía política El desarrollo sostenible</p>	<p>La economía es apenas un aspecto o una esfera de la vida.</p>

Fuente: Elaboración propia, 2022

Dentro del paradigma de la modernidad, el hombre es el rey del universo, independiente de la natura y por encima de ella: el antropocentrismo, dentro del cual el masculino va sobre lo femenino; y el conjunto de esos hombres forman la especie humana dentro de un humanismo antropocéntrico. En el paradigma relacional, somos naturaleza, parte de ella, ecodependientes, no el centro del universo ni de la vida. Como lo plantea Arturo Escobar, «el budismo tiene una de las nociones más sucintas y poderosas en este sentido: nada existe por sí mismo, todo interexiste; intersomos e interexistimos con todo en el planeta». Este es el principio de *interser*: «inter-existimos, inter-somos».⁵

A diferencia de aquel paradigma, en esta cosmovisión la razón no es la única ni la principal fuente del saber, tampoco hay una fe absoluta en la razón y la ciencia como lo pretenden el positivismo y el cientifismo; aquí, todas las formas de conocer son reconocidas incluido el pensamiento mítico/simbólico, y existe una interrelación entre la razón y las emociones, somos seres emocionales y racionales (Maturana).

Frente a la absolutización de la propiedad privada, que considera al ser humano como un empresario de sí mismo, y a su dualismo con la propiedad estatal se toma en consideración la propiedad relacional en la que se mantiene lo inapropiable o lo indisponible, más allá de lo público y lo privado, esto es, la propiedad comunitaria, el patrimonio común de la humanidad, los bienes comunes, las cooperativas autogestionarias. Respecto a la economía, no se aceptan sus visiones del *homo economicus* ni del *desarrollo* como crecimiento material y sin límites y se valora que ella es apenas un aspecto o una esfera de la vida. Y así podríamos continuar mirando las interrelaciones y conexiones en reemplazo de las dualidades como en las visiones sujeto/objeto, lineal/no-lineal, orden/desorden, el presente separado de pasado y futuro frente al presente cambiante continuo, etc. (Ver el cuadro esquemático comparativo *El paradigma relacional*).

El paradigma relacional nos viene desde las sabidurías antiguas orientales (hinduismo, budismo, taoísmo), del *Ubuntu* africano, del *Sumak kawsay* andino («el arte de vivir en complemento») y otras cosmovisiones de los pueblos originarios de América y otros lugares; también de Jesús y los primeros cristianos del ágape, que lo compartían todo. En varios aspectos, coincide con la física cuántica y la relatividad,

⁵ Arturo Escobar, *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal*, Edit. Universidad del Cauca, Popayán, 2016, pág. 121.

con la teoría de sistemas, el pensamiento complejo, la teoría Gaia (Lovelock y Margulis) y las estructuras disipativas (Prigogine). Y, en lo social y lo político, con las versiones de la comunidad, la comunalidad y los bienes comunes como *haceres comunes*, y con visiones de los feminismos, el antirracismo, la descolonialidad del poder, las que van más allá de la dualidad derecha/izquierda. Sus puntos comunes más fuertes son: la complementariedad, la búsqueda del equilibrio entre fuerzas complementarias, la reciprocidad, el reconocimiento de las diferencias, el respeto mutuo en la diversidad, la ayuda mutua, la solidaridad. Y el paso de una conciencia individualista, más allá de una conciencia social o colectiva, a una conciencia biosférica.

Lo opuesto al individualismo no es el colectivismo, es el amor porque este hace a un lado el ego, la competencia y la agresión

Igual, es bueno recordar que existen unos *mundos* que han vivido en la relationalidad y han luchado durante siglos por su preservación, pese a que se les ha querido destruir. Son los mundos de las comunidades indígenas, negras y de mujeres que hoy se están insubordinado en todo el planeta.⁶

El amor y la cosmovisión relacional

Entre el amor y la cosmovisión relacional existen unas conexiones muy cercanas. Veamos algunas aproximaciones a esa cercanía.

1. El amar es una emoción que nos permite reconocer al otro y la otra como unos legítimos otros en la convivencia; «la aceptación de la igualdad del otro implica dejar al otro ser, dejar que el otro surja en la relación».⁷ Al reconocerlos como sujetos, el amar ayuda a abrir los campos relacionales porque hace de puente entre las polaridades y los antagonismos y así facilita ver más allá de lo dual y binario. Así, la emoción del amar permite captar las relaciones, las complementariedades, la diversidad, la unidad múltiple o compleja y, por lo tanto, contribuye a encontrar equilibrios o alternativas en la tensión de los contrarios.
2. Lo opuesto al individualismo, lo que lo remueve y desplaza, no es la caridad ni el colectivismo ni el socialismo ni cualquier tipo de asociacionismo; es el amor,

⁶ Sobre la cosmovisión relacional pueden verse: Maturana y Dávila, 2021, *op. cit.*; Arturo Escobar, *Una minga para el postdesarrollo*, Ediciones Desde abajo, Bogotá, 2012; Arturo Escobar, *Otro posible es posible: Caminando hacia las transiciones desde Abya Yala/Afro/Latino-América*, Ediciones Desde abajo, Bogotá, 2018.

⁷ Humberto Maturana, *Transformación en la convivencia*, Dolmen, Santiago de Chile, 2002, p. 238.

porque este hace a un lado el ego, la competencia y la agresión y recupera la emoción por el otro, la otra, como la relación básica que nos hace humanos y nos enlaza como un *nosotros*: «soy porque somos». Lo que se opone al poder como dominación no puede ser otro poder que reemplace esa dominación y reproduzca la violencia que lo sostiene; lo que verdaderamente se le opone es la autonomía, el autogobierno, la autoinstitución de la sociedad, en las cuales la relacionalidad no se restringe ni cercena, sino que se amplía y hace más plena. Y en esta ampliación juegan un papel importante los que podríamos llamar el amor social y el amor político.

3. Las polaridades de los principales antagonismos que debemos superar, las que sostienen y reproducen el reinado de las dualidades y unilateralizaciones excluyentes, que bloquean, suprimen o rechazan la relacionalidad, son las polaridades del patriarcado, el racismo, la colonialidad y el capitalismo. El amar es una fuerza que contribuye a romper, descomponer, disolver, trascender o derrotar esos infiernos.
4. Al capitalismo le son inherentes la dualidad y la violencia para dividir, disociar, separar y mantener su patriarcado, su colonialidad y su racismo, esto es, su poder de dominación. Al amar le es inherente el respeto de lo diferente, del otro, la otra, lo diverso, su autonomía. Imaginemos por un momento el mandato que se inculcaban a sí mismos cada uno de esos patriarcas-mercaderes-conquistadores, pioneros del capitalismo/colonialismo: «si yo soy un varón, para creerme que soy superior a los otros hombres, a la mujer y a la naturaleza, para pensarme que la razón me coloca por encima de ellos, y para explotar o expropiar sus cuerpos y sus territorios, la primera emoción que debo reprimir o suprimir en mí es la emoción del amor. No puedo amarlos ni respetarlos. Para competir con ellos y sobreponerme a ellos debo dejar a un lado esa emoción. Tampoco puedo conservar la comunidad: debo destruirla y reducir a sus miembros a la condición de individuos aislados».
5. El amar es una emoción que activa y estimula las potencias de los sujetos y los nuevos paradigmas de la transformación social. Es la emoción potenciadora de las actitudes y los sentimientos que le ayudan a cualquier persona: i) a abrir su corazón a las demás y a la naturaleza; ii) a acercarse a otras visiones, otras formas de captar la realidad, de ver a las otras, los otros y los demás seres vivos; y iii) a sobrepasar los arraigados paradigmas de las dicotomías, los reduccionismos y sus maniqueísmos/sectarismos. Ambos, amor y relacionalidad, confluyen en su ayuda a potenciar las transformaciones.

6. Si «la realidad es radicalmente relacional» y si el vivir es «un fluir relacional e interaccional», el amor es la conducta que nos ayuda a desarrollar esa relacionalidad y asumir formas de sentir, de pensar y de hacer relacionales, y estas, a su vez, multiplican el amor como una conducta relacional. La relacionalidad nos incita a acercarnos a los otros, las otras y a la naturaleza, y cuanto más nos relacionamos con ellos, más los conocemos, más nos encariñamos con ellos y más afectos brotan de esa relación. Así, el amor a las demás, al conocimiento y a la sabiduría no son otra cosa que el cultivo de esa relacionalidad.

Conclusión: el amar es la máxima expresión de la relacionalidad humana que se corresponde con la relacionalidad que subyace en el conjunto de la vida y del cosmos y el *continuum* energía-materia-vida-espíritu. Y, a través de los *haceres comunes* de la comunidad, de la autoinstitución de la sociedad, de la autonomía y el autogobierno constituye un ingrediente fundamental para la transformación social.

José Aristizábal G. es pensador, activista, investigador social y autor de varios libros, entre ellos *Amor y política* (Dos de bastos, Bogotá, 2015) y *Amor y comunidad*, de próxima aparición.

